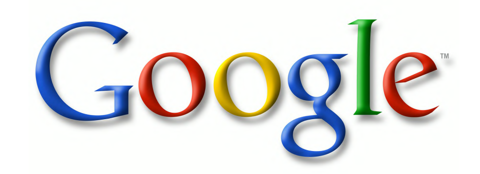
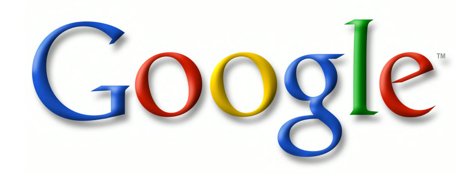
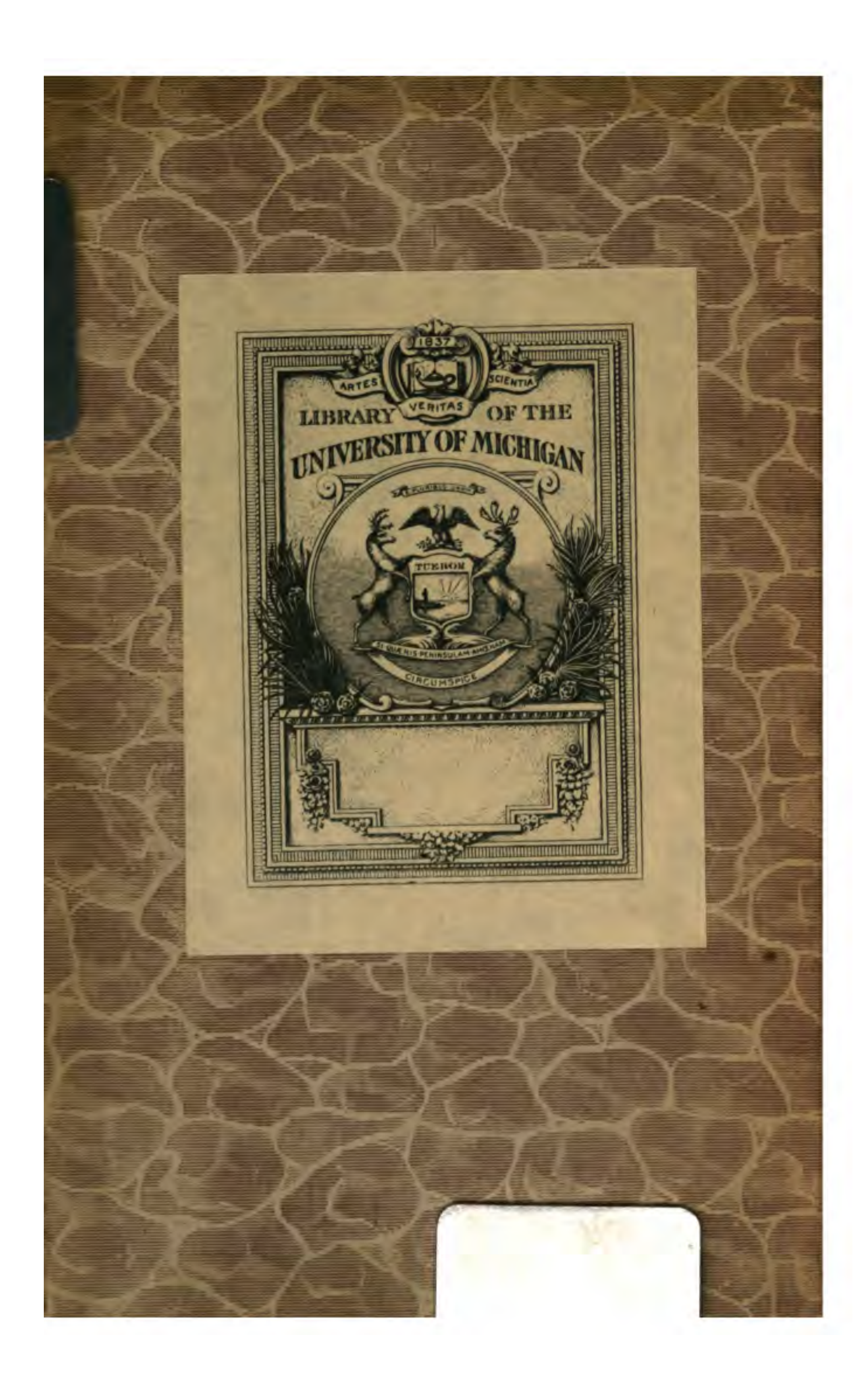



Google


DT
261
.I3
1804
BUHR A
[redacted]
a39015 01813306 9b

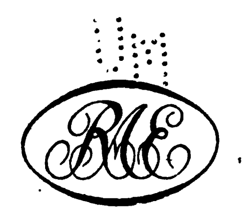

1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



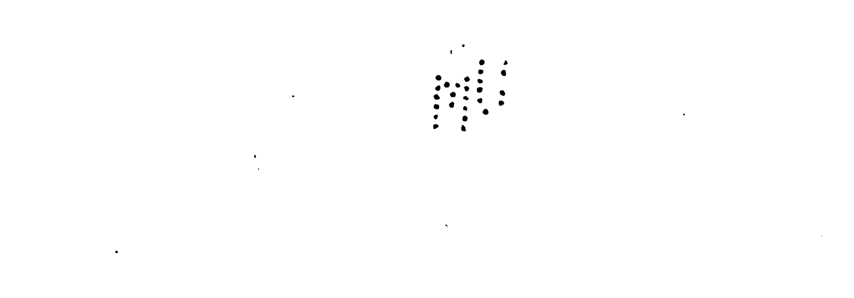
JORNADA
DE CARLOS V.
Á TUNEZ

POR EL DOCTOR

GONZALO DE ILLESCAS.



MADRID:
EDICION ESTEREOTÍPICA.
1804.



AL REY

N. S.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

ADVERTENCIA.

Viendo la Academia española los progresos del arte estereotípica, y la comodidad que proporciona de tener ediciones correctas, y no costosas; suplicó á S. M. en el año de 1801 se sirviese dar sus reales órdenes, y prestar sus auxílios, para que se aprendiese el método con que se executaba esta clase de ediciones en Paris. Oyó S. M. con gran complacencia esta súplica, y mandó que sus pensionados don Mariano Sepúlveda, grabador en hueco, y don Antonio Malacuera, constructor de máquinas, se enterasen de este método, baxo la direccion del cónsul y agente general de S. M. en Paris don Fernando de la Serna, el qual como individuo de la Academia podia caminar de acuerdo con ella: y á este cuerpo le ordenó que quando tuviese ya arreglada la nueva imprenta, empezase las ediciones de los autores clásicos castellanos y de otras lenguas. Consiguióse con mucha prontitud lo que se apetecia, por la grande inteligencia y actividad del señor Serna, y la destreza de los dos artistas comisionados: y en el año de 1802 envió ya á S. M. el expresado cónsul una prueba impresa por ellos

en Paris. Restituidos á Madrid, y habiendo recibido la Academia los instrumentos y demas utensilios que traían, les encargó la construccion de las máquinas que faltaban; y aunque no está corriente todavía lo necesario para la execucion completa del proyecto, ha querido la Academia presentar á SS. MM. y á la nacion una prueba pequeña, pero arreglada á las reales órdenes, imprimiendo con este método dos obritas, una en prosa y otra en verso, de autores clásicos de nuestra España.

El precio á que podrán salir las ediciones estereotípicas no es posible graduarle por ahora, pues en los principios todo es mas costoso; pero nadie puede dudar de sus ventajas, habiendo visto las obras impresas en Francia, en Inglaterra y en Alemania.

Dos hermanos habia en la isla de Lesbo en la ciudad de Mitilene, cabeza della, hijos de un hombre bien pobre, griego, turco de ley, que se llamaba el uno Horrucio Barbaroxa, y el otro Hariadeno. Eran estos dos tan pobres, y de vil suerte, que no tenian en esta vida otra hacienda, mas que una galerilla de á dos remos por banda: con la qual se metiéron poco á poco en la mar á robâr lo que podian de pasageros cristianos, y aun no cristianos, como gente perdida, y que no tenian que comer si no lo hurtaban. Y como quiera que por sí solos no bastaban á sustentarse, procuráron arrimarse á un muy famoso cosario que se decia Camales, para que los favoreciese, y los enseñase en aquel oficio. Diéronse tan buena maña ellos á servirle, y él á favorecerlos, que en pocos dias se hiciéron ricos. Con lo que habian ganado, que no era poco, apartáronse de Camales para hacer cabeza por si; y tomando en su compañia otros ladrones menores, hiciéron una flota, y todos diéron el titulo y nombre de capitan á Horrucio Barbaroxa, como á mas anciano, y mas diestro en el oficio. Hizose en pocos dias Horrucio tan poderoso con gentes que se le venian á juntar, que tuvo ánimo para des-

viarse bien de su tierra. Y allegándose á la costa de Berbería, vino á tocar en Argel á tiempo que dos hermanos traian entre sí cruel guerra sobre la sucesion de aquel reyno. El uno dellos, que por sí no tenia fuerzas para poderse defender de su hermano, acudió de presto á Horrucio Barbaroxa, y rogóle que le favoreciese, prometiéndole una gran suma de dineros: y él holgó de hacerlo de muy buena gana. Diéronse los dos tan buen cobro, que en pocos dias despojáron al otro hermano, y quedó el amigo de Barbaroxa con el reyno pacíficamente. Horrucio estuvo con esto algunos dias en paz, yendo y viniendo á sus negocios de cosario, y recogiéndose muchas veces en Argel como en casa de su amigo hasta que le tuvo seguro: y quando él mas descuidado estaba, hízole una tal burla, que le mató con todos los amigos que tenia, y se levantó con el reyno á devocion del Gran Turco Soliman, cuyo vasallo él era, como turco de nacion. Ganó despues el puerto de Cercello, que antiguamente se llamó Julia Cesarea, y dende el un puerto al otro alteraba toda la mar, y las costas de España y Francia hasta Venecia, que no se podia por ellas navegar sin grandísimo peligro. Puso despues Horrucio cerco sobre Bugía, y túvola puesta en harto trabajo; pero

fué su desgracia que con una pelota de artillería le lleváron el brazo derecho casi todo, y así tuvo por bien de alzar el cerco para irse á curar de aquella cruel herida. Sanó muy bien, y púsose un brazo y mano de hierro con tanta destreza, que apénas sentia falta ninguna. Con él hizo cosas hazañosísimas, porque venció á Diego de Vera cerca de Argel: peleó con don Hùgo de Moncada, y hízole retirar á las galeras, y por una tempestad que sobrevino hubo en su poder la mayor parte de su gente. Quitó despues el reyno al rey de Tremecen, amigo y tributario del Emperador. Vino desde ahí á poco sobre Oran, y allí fué vencido, y se salió huyendo, y en el alcance vino á poder de sus enemigos, y ellos le cortáron la cabeza, la qual se traxo despues por muchos pueblos de España, como en triunfo, con grandísimo regocijo de toda la cristiandad, pensando que con faltar Horrucio Barbaroxa quedaba la mar y la tierra segura de sus ladronicios. Pero engañáronse mucho, porque el otro hermano Hariadeno, ansí como le sucedió á Horrucio en el nombre llamándose tambien Barbaroxa, ansí tambien le sucedió en el reyno de Argel y de Cercello, y en el ser inimicísimo de cristianos: y con otro espíritu mas que el de su hermano comenzó á quererse hacer

señor de toda la costa de África, teniendo por poco todo lo que el hermano le habia dexado para hartar su insaciable codicia. Era temido extrañamente de los moros y alárabes, y mucho mas de los insulares de Sicilia y Córcega, Cerdeña, Mallorca, y de las otras islas y costas de la cristiandad; porque luego se le juntáron todos los cosarios de menor nombre. En todas las cosas que tomaba entre las manos era dichosísimo sobre manera: mató por asechanzas al capitan Hamete, que venia contra él con infinita multitud de alárabes, y despues venció otros dos capitanes, Beucádes y Amídas. En la mar vencio, como ya diximos, á don Hugo de Moncada junto á Cerdeña: desbarató y mató á Portundo el año de veinte y nueve quando se volvia de llevar al César á la coronacion: tomóle ocho galeras, y llevó preso al hijo á Constantinopla. Como cada dia ganaba galeras, vino á tener tanto número dellas, que pudo competir con Andrea Doria, y aun le venció una vez junto á Cercello. Tomó una fortaleza que tenian españoles muchos años habia cerca de Argel, y púsola por tierra. Con estas y con otras famosas hazañas vino á ser conocido por fama del Turco Soliman, el qual quando volvió á Constantinopla, huyendo de Viena, envió por él para hacerle capitan gene-

ral de sus galeras en lugar de Himeral, el que huyó de Andrea Doria quando ganó á Coron. Favorecióle á Barbaroxa mucho el grande privado de Soliman Habraim basá. Holgóse extrañamente Barbaroxa de tan alegre embaxada, y con quarenta galeras bien armadas partió de Argel para Constantinopla. Venció y quemó en el camino ciertos navíos genoveses que iban por trigo á Sicilia: saqueó á Rio y la isla Ilva: llevó consigo al rey Roscétes de Túnez, hermano de Muleáses, que habia sido vencido y despojado por él, y se habia encomendado á Barbaroxa para que le favoreciese contra Muleáses. Con este Roscétes hizo Barbaroxa grande ostentacion, y pudo acabar con Soliman que le diese el oficio de capitan general, para que fué llamado. Dióselε juntamente el nombre de basá para que fuesen con él los basás quatro, que no solian ántes ser mas de tres. Dióle Soliman de su mano las insignias de capitan general, y entrególe luego ochocientos mil ducados para proveer la armada, y ochocientos genízaros para con que hiciese la guerra contra Muleáses. Salió Barbaroxa de Constantinopla con ochenta galeras un poco ántes que Soliman se fuese á la guerra de Persia: dexó en el puerto otras doce galeras para que Amurates su capitan pasase en ellas

el exército de Soliman en Asia: tomó tierra Barbaroxa en Calabria: saqueó á san Lucido, adonde halló riquísimo despojo, y llevó cautivos todos los vecinos del lugar sin dexar uno: fué á Citrario, porque le dixéron que se labraban allí galeras: no halló gente, y mandó quemar la madera con que se labraban: pasó de allí á vista de Nápoles; y si saltara á tierra, no dexara de hacer harto daño, y aun por ventura tomara la ciudad, porque estaba sola y sin defensa: pasóse á la isla Prócida, y saqueó la ciudad: saltó al puerto de Gaeta, y tomó la Espelunca, pueblo allí cerca, cautivando mas de mil y docientas personas. Entráronse por la tierra de noche hasta Fundi docientos turcos con intencion de prender á la hermosísima Julia Gonzaga, nuera de Próspero Colona, una de las mas hermosas mugeres que se han visto en el mundo en nuestros tiempos (segun refiere Ariosto en su Orlando furioso, y ansí lo oí yo decir á quien la conoció), y es averiguado que volaba la fama de su extraña hermosura y graciosísimos ojos. Fué grandísima ventura poderse escapar esta señora, porque los turcos entráron la ciudad, y matáron casi á todos los que dentro halláron, profanando y destruyendo los templos, y las honradas sepulturas de los coloneses con las banderas y tro-

ſeos de sus vitorias que allí estaban. Quisiera infinitísimo Barbaroxa haber á las manos á la señora Julia para hacer presente della á Soliman; pero no quiso Dios que aquel bárbaro gozase de tan rara belleza. Robó despues la ciudad de Terracina con la mesma crueldad que hizo á Fundi. Acudiéron luego á Roma con la nueva los vecinos de Piperno al tiempo que el pontífice Clemente estaba en la cama muy al cabo de la enfermedad de que murió. Fué grandísima la turbacion que se sintió en la ciudad, porque cierto ella estaba tan sola y desapercibida, que si por malos de pecados á Barbaroxa le viniera gana de probar ventura, tiénese por muy cierto que pudiera saquear á Roma. Juntáronse luego á consistorio los cardenales, sacáron de la cámara y erario apostólico todo el dinero que se pudo hallar, y encargóse al cardenal Hipólito que tomase el cuidado de defender la patria. Hízose alguna gente que salió en campaña; pero todos eran ladrones y gente perdida, y por do quiera que pasaban hacian mas daño que hicieran los mismos turcos, si por allá anduvieran. Pero al fin no fué menester, porque Barbaroxa llevaba otro designio, y de presto dió consigo en África con tanta diligencia, que quando pensaban en Roma que le tenian á cuestas, estaba él sobre

Túnez á fin de tomar á Muleáses de sobre salto; porque todas estas salidas que hizo en Italia, las hizo por engañarle, y porque pensase que su venida no era contra él, sino contra cristianos. No embargante, que siempre echó fama (y así se creyó en Túnez) que llevaba consigo á Roscétes para restituirle en su reyno. Aunque Muleáses bien sabia que quedaba medio preso en Constantinopla, y por esò se descuidó asegurarse, porque sabia él que el mayor pertrecho que contra él podia traer Barbaroxa era su hermano, porque tenia muchos amigos en Túnez. Era Muleáses hijo de Mahométes, rey de Túnez, y de Lentigesia, una de sus mugeres, de nacion alárabe, tan varonil y ambiciosa, que con tener Mahométes otros veinte y dos hijos, y algunos mayores que Muleáses, ella tuvo maneras como el fuese rey en competencia de todos sus hermanos. Á Maymon, el hijo mayor, levantóle Lentigesia que se habia querido alzar con el reyno, y tuvo manera como su padre le hizo matar. Roscétes se escapó huyendo. Á todos los demas prendiólos Muleáses, y mató algunos, y los demas cególos con el artificio que usan los bárbaros de poner ante los ojos una plancha de cobre encendida. Los tres de estos ciegos Barca, Baletes y Saytes hallolos despues su Magestad en Tú-

nez, y tráxolos consigo. Mató ansí mesmo Muleáses todos quantos sobrinos y parientes pudo haber, y con ellos hizo tambien matar á dos amigos de su padre, los que por su industria habian muerto á Maymon. No los mató por otra cosa sino por no les pagar aquella buena obra, y porque no les pagando como debia, de fuerza se le habian de rebelar. Tuvo tambien Lentigesia maneras como matar casi todas las mancebas y mugeres de su marido; y algunos dixéron que Muleáses con su industria della hizo morir consigo á su propio padre, que así se usa entre gente tan bárbara. Todas estas tiranías publicaba Barbaroxa que queria castigarlas, y restituir el reyno a Roscétes; pero no era esta su intencion, sino de hacer lo que hizo. En pasando de Italia, tomó puerto en Biserta, y echó fama que Roscétes quedaba en su galera mal dispuesto, y por eso se le rindiéron luego los de Biserta ántes que Muleáses supiese su venida. Salió de allí con sus galeras, y púsose á vista de la Goleta. No le recibiéron dentro, como tenia pensado, porque los que tenian la fortaleza dixéron que pasase adelante sobre su seguro, y que ganando él la ciudad, se la darian ellos luego. Estaba ya la ciudad alborotadísima con pensar que Roscétes venia: Muleases era extrañamente mal quisto

por sus crueldades, y por eso acordó de irse, y con harto trabajo pudo salirse huyendo de la ciudad, sin llevar consigo dineros ni joyas, que tenia infinitas. Como los de Túnez viéron salido de la ciudad á Muleáses, tomáron la muger y los hijos de Roscétes, y saliéron con ellos muy gozosos á recibir á Barbaroxa, pensando que Roscétes venia con él allí. Saltó luego Barbaroxa en tierra, púsose á caballo, y tomó consigo hasta cinco mil hombres, y entró por la ciudad con una grita muy grande, apellidando todos Soliman, Soliman Barbaroxa, Barbaroxa. Los de Túnez, que andaban buscando con los ojos si vian á Roscétes, como no lo hallaban, y despues supiéron de cierto que quedaba casi preso en Constantinopla, y viéron que Barbaroxa los habia engañado por alzarse con la ciudad, acudiéron todos á las armas. Tomáron por su capitan al mesuar de la ciudad, que es lo mismo que gobernador ó corregidor: pusiéronse todos en un lugar alto, y comenzáron á apellidar la traicion que Barbaroxa usaba con ellos. Hiciéron luego un correo, y muchos á Muleáses que volviese; y con el mismo furor que tenian contra Barbaroxa acometiéron á los turcos, y matáron muchos dellos. Muleáses volvió luego, porque aun no habia pasado de los huertos donde posan los rabastenios, que

son ciertos caballeros cristianos que viven en su ley, y hacen guarda á la persona del rey de Túnez por antigua costumbre. Los turcos, como viéron el pleyto mal parado, fuéronse retrayendo hasta la fortaleza. Recibiéronlos bien los de dentro, y luego acudió el mesuar á cercarlos con tanta furia, que si no fuera por un renegado, que se llamaba Baeza, la entraran. Este Baeza hizo subir de presto á la torre una culebrina, y disparóla con tanta furia, que puso en los de la ciudad grandísimo temor y espanto, y afloxáron un poco hasta que llegáron Muleáses, y Doray, un tio suyo, hermano de Lentigesia, que pusiéron en grandísimo peligro y trabajo á Barbaroxa. Y no sabiendo que medio tomar, fué á él un renegado español, natural de Málaga, que habia sido soldado de Pedro Navarro, y se llamaba Halis, y aconsejóle que saliese animosamente á pelear, porque los moros eran gente vil y para poco, y no sufririan la furia de los turcos. Hízolo ansí Barbaroxa, y con tan buen ánimo, que en el primer acometimiento mató al mesuar, y mas de tres mil ciudadanos, y los hizo á todos retirar en sus casas con mas de seis mil dellos heridos, y tan amedrentados, que no osáron mas tomar armas contra el. Muleases hubo de salirse huyendo de la ciudad, y fuése con Doray

á Constantina, allá dentro en África, adonde se estuvo quedo hasta qne pasó á Túnez el Emperador. Otro dia de mañana moviéron los ciudadanos trato de paz con Barbaroxa, y de bueno á bueno le recibiéron por su rey en nombre de Soliman y á su devocion, con que les prometió y les dió muy buenas esperanzas de que el Gran Turco Soliman algun dia y bien presto daria el reyno á Roscétes, á quien ellos tanto querian. Con lo qual Barbaroxa fué sin contradicion ninguna reconocido y llamado rey en Túnez, y en todas las ciudades y pueblos del reyno. Dende allí prosiguió su oficio de cosario, y cada dia hacia en las islas y costas de la cristiandad infinitos saltos y correrías, con que no nos dexaba cosa segura.

En el estado que acabo de decir estaban las cosas de Hariadeno Barbaroxa quando el emperador Cárlos Quinto, por espantar á sus enemigos, y defender la causa comun de la cristiandad, comenzó á ponerse á punto para la jornada de Túnez; porque sabia que Barbaroxa ponia en órden muy grande armada para ir sobre Nápoles, ó á lo ménos apoderarse de Sicilia. Era esta guerra que el Emperador comenzaba honestísima y de muy buen sonido, porque en ella se habian de asegurar las costas de la cristiandad: cum-

plia mucho su Magestad con esta tan santa y pia jornada con su reputacion y fama de cristianísimo y zeloso de la honra de la fe católica; y parecia que queria ya mostrar sus fuerzas y felicidad contra infieles, como hasta aquí las mas de las veces las habia mostrado contra cristianos: y con tomar él solo y á su costa, y por su misma persona esta comun empresa, disminuía el crédito de sus émulos, y parecia que les causaba confusion; pues siendo el negocio de todos, le hacia él á tanta costa de sus negocios: y miéntras los otros se estaban descansando en sus casas, dexaba él sus regalos, y su propia casa y hijos, y se iba á poner en los peligros y trabajos que la mar y la guerra suelen traer consigo. El papa Paulo, quando supo la determinacion de su Magestad, alabó mucho su santo zelo, y ofrecióse de ayudarle con doce galeras armadas á su costa, y luego hizo capitan dellas á Virginio Ursino, dándole por compañero y colega á Paulo Justiniano, persona muy diestra y exercitada en las cosas de la mar. Y porque el Emperador pudiese con mas facilidad proveerse de dineros para la guerra, concedióle Paulo subsidio sobre los bienes eclesiásticos de sus reynos de España; aunque se sintió mucho el César de ver que concedió tambien Paulo el subsidio al rey Francisco, sin

haber de hacer guerra contra infieles, pareciéndole que aquel provecho de su émulo habia despues de redundar en daño suyo. Mandó su Magestad aparejar con toda brevedad, así en España como en Italia, todas las cosas necesarias para la guerra: y quando supo que ya estaba todo á punto, partióse de Castilla para la ciudad de Barcelona. Los señores y repúblicas de Italia todos acudiéron con sus socorros, teniéndose por seguros de sus cosas con ver que la guerra se hacia contra infieles. Solos los venecianos se estuviéron quedos, porque no osáron quebrantar la tregua que tenian con Soliman treinta años habia desde que se capituló la paz con Bayaceto. Estaba en Barcelona el príncipe Doria con treinta galeras, y la una dellas de quarenta remos, la mas hermosa y bien artillada, y entoldada de paños ricos, que jamas se vió, para que en ella pasase la persona de su Magestad: los galeotes que remaban en ella iban vestidos de raso, y los soldados de seda y de recamados muy costosos. Envió el pontífice por honrarle al príncipe Doria un breve lleno de favores, y un estoque bendito con la empuñadura sembrada de piedras de inestimable valor, la vayna esmaltada, y las guarniciones de oro con un riquísimo cinto de lo mismo, y un bonete de felpa con muy muchas

perlas; que todas estas son insignias que los pontífices suelen enviarlas á los grandes príncipes quando comienzan alguna guerra de propósito contra infieles. El marques del Vasto por órden de su Magestad puso en Génova todas las compañías de gente española, italianos y tudescos, de que él era capitan general. Antonio de Leyba no fué en esta jornada por sus muchas enfermedades, y tambien porque convenia que en Lombardía quedase una persona de recaudo que mirase por lo de Milan, si acaso el rey se quisiese mover, entre tanto que su Magestad estaba ocupado en esta guerra. Con Antonio de Leyba mandó el César que quedasen en Italia los soldados viejos que le pareció que bastaban. Escribiéronse cinco mil italianos mas de los ordinarios, cuyos capitanes fuéron el conde de Sarno, Federico Carrecto, y Augustino Espínola. De Alemania traxo Maxîmiliano Eberstenio hasta ocho mil tudescos; con los quales y con la demas gente partió el Marques de Génova en doce galeras de Antonio Doria, y en otros treinta navíos de carga. Siguió la via de Sicilia para recoger de camino las galeras del papa y las de Nápoles. Tomó puesto en Civita vieja, adonde el papa Paulo le estaba esperando para ver la gente, y echarles á todos la bendicion. Allí dió de

su mano el pontífice con las ceremonias acostumbradas a Virginio Ursino las insignias de capitan general. Partióse el Marques con Virginio para Nápoles, adonde el virey don Pedro de Toledo, marques de Villafranca y los príncipes de Salerno y Bisignano, Espineto, Garrafa, y Hernando Alarcon tenian puestas en órden cada sendas galeras armadas á su costa, y otras siete sin estas á costa de todo el reyno; con todas se fuéron al puerto de Palermo en Sicilia. El Emperador tenia juntos ya en Barcelona ocho mil infantes, y setecientos caballos de sus guardas ordinarias, que conforme á la costumbre antigua se pagan en estos reynos para su seguridad, sin otros algunos con que sirviéron los señores de Castilla. Estaban ansí mesmo con su Magestad otros muchos señores y caballeros, que no quisiéron quedar ellos holgando y en sus casas, viendo ir á su rey en una demanda tan justa. Destos eran los duques de Alba y de Náxara, el conde de Benavente, el marques de Aguilar, el conde de Niebla, don Luis de Ávila, don Fadrique de Toledo, comendador mayor de Alcántara, y don Fadrique de Acuña, que despues fué conde de Buendía, y otras muchas personas de calidad. Vino tambien allí el infante don Luis de Portugal, hermano de la emperatriz nuestra se-

ñora, con veinte y cinco carabelas, y con un galeon, el mayor y mas bien armado que hasta entónces se habia visto en la mar: en estas carabelas iban hasta dos mil infantes. Estaban tambien con su Magestad sesenta navíos gruesos de Flándes con mucha gente, y con remeros de los condenados por justicia para suplir las galeras, si alguno faltase. Partiéron casi á un tiempo su Magestad de Bar celona, y el marques del Vasto de Palermo, y viniéronse á juntar en el puerto de Cáller en Cerdeña. Allí se esperó hasta que llegasen las galeras de España; y como llegáron, luego el Emperador se dió á la vela, y fué á tomar puerto en Útica, ciudad de Berbería. En la entrada deste puerto encalló la galera capitana, donde iba la persona imperial, y no dexó de correr algun peligro; pero acudió de presto el príncipe Doria, y hizo cargar toda la gente al borde, y con esto vino á tomar agua, y salió adelante. No dexó de dar á todos cuidado este caso, porque sabian que el rey don Filipe, su padre del César, se habia visto en otro semejante inconveniente en los bancos de Flándes viniendo á España. Salióse presto su Magestad de Útica, y fuése á poner á vista de Túnez, adonde esta ba el cosario Barbaroxa, el qual quedó atónito de ver tanta multitud de velas, que pa-

saban entre grandes y pequeñas de mas de setecientas; pero lo que mas espanto le puso, fué saber que venia allí el Emperador en persona, cosa que nunca él pensó que fuera posible: y porque Aloísio Presenda, cautivo genoves, le habia dicho que el Emperador no habia de ir con la armada, sino solo Andrea Doria, y no con tanto aparato como allí habia, mandóle luego cortar la cabeza, diciendo que le habia engañado. Llamó á consejo sus capitanes: díxoles que no habia que temer, pues el tiempo era tan caluroso, la tierra herviente y arenosa, y los enemigos no acostumbrados á tan excesivos calores, y que si la guerra duraba, necesariamente, pues eran tantos, les habian de faltar mantenimientos: que todo el negocio consistia en defender la Goleta por ser aquella la principal fuerza de la ciudad, y aun del reyno. Dieronle todos muy buena respuesta, prometiéndole de morir, ó defender la Goleta. Estaban con Barbaroxa tres ó quatro famosos cosarios: los principales eran Sinan judío, Haydino Cachadiablo, Saleco, y Tabaques. En llegando nuestra flota á la torre que llaman del agua, mandó el César que todos comenzasen á saltar en tierra, tomando al largo la costa, porque saliesen á un mesmo tiempo. Hízose con tan buena órden

disparando artillería contra los moros y turcos que asomaban, que sin resistencia ninguna se puso en pocas horas el exercito en tierra. Tomó el Marques lugar seguro para los alojamientos, y mandó que nadie se moviese hasta que los caballos y artillería se desembarcasen. La tienda imperial púsola el Marques entre las dos torres que se llaman del agua y de las salinas. Enviáronse luego corredores á calar el sitio y asiento de la ciudad, y la calidad de la tierra: topáronse con algunos alárabes bien diestros, y para mucho, los quales matáron algunos de los corredores, y entre ellos muriéron dos personas bien señaladas Frederico Carrecto, y Hierónimo Espínola, genoves. Con todo eso algunas veces salia su Magestad á correr el campo con harto peligro de su persona, y tanto, que algunos lo tenian á temeridad; como quiera que en la guerra el capitan general, mayormente siendo rey ó emperador, el principal cuidado que ha de tener es guardar su salud, porque della pende la de todo el exército que lleva. Ibase cada dia ganando tierra con los alojamientos hácia la Goleta, llevando delante sus trincheas y reparos para seguridad: trabajaban todos en hacerlas, porque siempre andaba su Magestad entre los gastadores, que no le faltaba mas de tomar el hazadon.

Cada dia se trababan escaramuzas bien reñidas con los cosarios que salian de la Goleta. Un dia salió Saleco con buena parte de su gente, y dió en un bastion donde tenia su estancia el conde Sarno con sus italianos. Salióle al encuentro el Conde, y el Turco por engañarle y desviarle de su gente fingió que huía; y quando le tuvo cerca de una emboscada, revolvió sobre el Conde con tanta furia, que le mató á él, y á quantos con el se halláron, que apénas quedó ninguno; y si alguno huyó, tampoco pudo escapar, porque los turcos siguiéron su alcance hasta volver á nuestro campo, y los españoles, segun se dice, aunque pudieran no los quisiéron socorrer, porque tenian desabrimiento de que los italianos hubiesen tomado aquel lugar por mas peligroso y honrado en competencia de los mesmos españoles. Llevó Saleco á Barbaroxa la cabeza y la mano derecha del Conde, y hiciéron con ella gran fiesta los turcos; de que su Magestad sintió grandísimo dolor, porque el Conde era muy buen caballero. No se gozáron mucho los españoles, si acaso les plugo, con la desgracia de los italianos, porque luego otro dia salió de la Goleta Tabaques, y dió tan repentinamente en el quartel de los españoles, que mató muchos en la trinchea y en el foso; y ganó una bandera

de don Francisco Sarmiento, y mató al capitan Mendez, que de muy grueso no pudo huir. Fué tanto el peligro en que se viéron que hubo de acudir su Magestad á remediarlo, y á castigar de palabra el descuido que habian tenido. Holgáronse mucho deste desman los italianos; y como por la mayor parte todos eran bisoños, y los españoles soldados viejos, dábanles grita burlando dellos, porque siendo tan cursados en la guerra se habian tanto descuidado, sabiendo que lo habian con gente arrebatada, y que no peleaban sino como ladrones de sobresalto. Riñó muy de veras el Marques á los capitanes y sargentos españoles este daño, y rogóles que procurasen còn alguna hazaña notable enmendar el avieso, y cobrar la reputacion como quien ellos eran. Prometiéronselo todos, y cumpliéronlo muy bien; porque otro dia, saliendo Jafer con sus genízaros, y gran multitud de alárabes y moros en medio del dia subió con grandísima osadía sobre las trincheas, y comenzó á disparar de sus arcabuces con tanta destreza que si no estuvieran los nuestros sobre aviso, les hiciera mucho daño. Acudió de presto el Marques con arcabuceros á pie y á caballo: puso los esquadrones en órden, y comenzóse una muy hermosa escaramuza, la qual duró grandísimo rato

en peso, hasta que Jafer cayó muerto, y los suyos comenzáron á huir. Siguióse el alcance hasta las puertas de la Goleta con tanto ímpetu, que no tuviéron los que huian tiempo de entrar por la puerta principal. Muchos se quedáron fuera, y otros se escapáron por caminos secretos. Al retirar deste alcance se tuvo grandísimo trabajo, porque Sinan el judío disparo muchas piezas de artillería dende la Goleta, con que mató muchos de los nuestros, y principalmente al alférez Diego de Ávila, y Rodrigo de Ripalta salió mal herido. Con este próspero suceso cobráron los españoles nuevo ánimo, y los enemigos se comenzáron á encoger. Su Magestad, que no queria gastar el tiempo en cosas de poca importancia, como vió que los suyos estaban contentos, y con buena gana de pelear, determinó dar una batería fuerte á la Goleta, temiendo no les viniese á los cercados algun sororro, ó recreciese en los suyos alguna enfermedad, porque de dia hacia excesivos calores, y de noche frigidísimas rociadas. Batióse la Goleta por mar y por tierra con grandísima furia en 12 dias del mes del julio del año de mil y quinientos y treinta y cinco. Duró la batería dende la mañana hasta pasado medio dia: parecia que se hundia el cielo y la tierra, tanto, que del gran ruido se alte-

ró la mar, que parecia estaba en tormenta: pusiéron por tierra una torre con sus barbacanas: todas las troneras donde los turcos tenian su artillería viniéron al suelo con los mesmos artilleros, y quedó tan abierto el muro, que fácilmente se pudo dar el asalto. Quando hubiéron de arremeter, salió delante un frayle con un crucifixo en las manos, animando á los soldados á la pelea, y lo mesmo hacia su Magestad, que andaba de uno en otro esforzando á todos. Fué tan animoso el acometimiento, que Sinan y los suyos no osáron esperar, y se saliéron huyendo por una puerta trasera, y se fuéron á meter en la ciudad. Ganóse con esto fácilmente la Goleta, y juntamente se ganáron casi todas las galeras de Barbaroxa, que las habia él sacado y puesto en seco. Fué increible el contentamiento del Emperador, quando vió que al Tirano se le habian quitado los instrumentos de sus latrocinios; y por el contrario quedó desesperadísimo Barbaroxa de verse sin galeras: dixo á Sinan muchas palabras injuriosas, porque se habia venido huyendo; y respondióle con mucha paciencia: Yo te digo, señor, que si yo hubiera de pelear con hombres que no huyera; mas no me pareció cordura tomarme con Satanas, y por eso me quise guardar para mejor tiempo. Con esto se asosegó Barbaroxa un

poco, y comenzó á dar órden en aparejar todas las cosas necesarias para sufrir el cerco que esperaba. Poco despues de ganada la Goleta llegó á nuestro campo el rey Muleáses, acompañado de sus parientes y amigos, y él llegó á besar la mano al Emperador, el qual le mandó sentar, y hizolo él en un tapiz á su modo. Habló muy discreta y concertadamente, dando á su Magestad las gracias por ver vengar sus injurias, castigando la crueldad y tiranía de aquel ladron enemigo del género humano, y por la intencion que en su clemencia conocia de que le habia de restituir en el reyno de su padre. Ofrecióse en reconocimiento desto de ser siempre muy leal amigo y vasallo, y de acudir con el tributo que su Magestad fuese servido de mandarle pagar. Dióle el Emperador agradable respuesta, diciendo que su principal motivo no era otro sino el deseo de vengar las injurias que de aquel tirano diversas gentes, ansí cristianos como de otra opinion, habian recibido, y que su intencion era quitar del mundo aquellos ladrones, gente perniciosísima para todos: por tanto tenia esperanza en Jesucristo, su Dios, que como habia comenzado á favorecerle, lo llevaria adelante, y le daria cumplida vitoria de sus enemigos; y que quando se la hubiese dado, entónces le prometia muy

de veras de hacer de manera que no se pudiese quejar, sin que jamas le pasase á él por pensamiento de recelarse de su ingratitud; porque para creer dél que sería grato, y reconoceria la buena obra que entendia hacer, le bastaba ser él rey noble, y de casta de reyes: quanto mas que quando en él no hubiese la fidelidad necesaria, no habian de faltar armas con que le castigar despues, como no faltaban al presente contra Barbaroxa. Húbose Muleáses en todas las cosas como persona de valor, y que representaba su real estado sin mostrar en cosa ninguna baxeza ni pusilánimidad; y junto con eso, en todo lo que allí estuvo nuestro campo, le viéron, y probáron ser un hombre muy discreto y bien entendido, muy gentil filósofo y matemático, y buen astrólogo, y no ménos diestro en menear un caballo, y jugar en el de una lanza y de todas armas con muy buena gracia y desenvoltura. Dióle por huésped su Magestad al Marques del Vasto, el qual le trató espléndidamente, como á quien él era. Comunicábanse con él todas las cosas de la guerra, por que en todas tenia muy buen voto: dió muchos y muy importantes avisos, y casi en ninguna cosa de las que dixo que habian de suceder se engañó. Súpose dél la calidad de la tierra, el asiento y fuerzas de la ciudad,

los pozos y cisternas que habia, y de donde se habian de proveer de agua para el campo el dia que se quisiesen allegar con él á la ciudad: dió particular cuenta de los olivares, adonde llegaban, y como se habian de cortar para desviarse de alguna celada: dixo que tantas eran las fuerzas de los enemigos; y considerando lo que dentro de la ciudad habia, y las inexpugnables fuerzas de nuestro campo vió lo que habia de suceder, ni mas ni ménos de como despues acaeció, porque entendió que Barbaroxa no esperaria dentro de la ciudad batería ni asalto; sino que saldria con sus gentes al campo, dexando la ciudad á sus espaldas: dixo que por ostentacion, y por parecer que hacia algo, asentaria sus esquadrones, pondria por avanguardia la chusma de alárabes y moros que tenia consigo, y él con los genízaros se quedaria junto á las puertas de la ciudad en retaguardia; y que á los primeros encuentros, si viese que los suyos vencian, apretaria con los genízaros de veras, y si no, volveria las espaldas, y se pondria en cobro. Últimamente avisó al Emperador que ningun trabajo mayor habia de tener, quando quisiese hacer el último acometimiento, quanto lo sería la sed que los suyos habian de pasar; porque en todo lo que habia dende el alojamiento hasta la ciudad,

no habia sino cisternas, que para beber en ellas se habia necesariamente de desordenar el campo. Para remediar esto aconsejó á todos que llevasen sus botas ó calabazas en las cintas, ó algunas bestias cargadas de agua. Importáron tanto estas cosas, que sin ellas apénas se pudiera conseguir el fin deseado. Diéronse los capitanes por órden de su Magestad toda la priesa posible por ir ganando tierra hácia la ciudad, llevando sus trincheas adelante, segun órden militar, por ir mas al seguro con intencion de allegarse á tiro de culebrina para poder batir el muro, y dar los asaltos necesarios. Entre tanto no dexaba cada dia de ofrecerse ocasion de escaramuzar, y aun alguna vez se encendió el negocio tan de veras, que por poco se peleara de poder á poder. Aquel dia fué mal herido Garcilaso de la Vega, elegante poeta español, y aun matáranle si no le socorriera Frederico Garrafa, napolitano, y fué menester que su Magestad en persona saliese con sus hombres de armas al socorro; y aun es averiguado que peleando el mesmo César valentísimamente, sacó de entre los pies de los moros á un Andres Ponce, caballero andaluz, que le habian muerto el caballo, y él estaba caido en tierra. Saliéron de ahí á dos ó tres dias hasta treinta mil moros á tomar una torre que tenian ga-

nada los nuestros en un cerro alto, donde antiguamente fué la famosa ciudad de Cartago. Llevaban los moros delante de sí un sacerdote ó alfaquí, el qual iba derramando muchas cedulillas de conjuros y maldiciones contra los nuestros, pensando dañarlos con aquello. Acudió su Magestad con algunas banderas de caballos en socorro de los de la torre: dió en los moros con grandísima furia matando muy muchos, y entre los primeros murió el hechicero alfaquí que los guiaba: puso los demas en huida, y aun afirmaba despues su Magestad que si llevara consigo una sola banda de ballesteros á caballo, que hiciera aquel dia una jornada importantísima; y propuso de hacer de manera que de allí adelante se usasen en la guerra estos ballesteros, porque para muchas cosas venian á ser menester. Eran tan diestros los alárabes y moros en el pelear á caballo, y tenian á los nuestros tan conocida ventaja en el saberse menear, y en sufrir el calor y los otros trabajos de aquella calurosísima tierra, que se conocia bien que viniendo á batalla campal se habia de tener harto trabajo en la vitoria; y tan de veras se imprimió en algunos esta imaginacion, que no faltó quien pusiese en plática que seria bien dar la vuelta para España, sin proceder mas adelante en la guer-

ra; diciendo que su Magestad se podia contentar con lo hecho, y cumplir con su reputacion con haber ganado la Goleta, y las galeras del enemigo, pues aquella era su principal fuerza, y las armas con que solia castigar el mundo; dexado á parte que cada dia se morian en nuestro campo muchos de fluxo de vientre. Vino esto á oidos del César, y sintió dello gran desabrimiento, pesándole mucho de que hubiese en el campo gente de tan poco ánimo. Para sacarlos de la duda que tenian de la vitoria hízoles á todos un grande razonamiento, reprehendiendo á los que tal plática como esta osaban mover, porque en ella mostraban tener harto mas cuidado de la vida que no del honor. Díxoles que si algunos inconvenientes hallaban en la empresa, los debieran advertir en España ántes que se pusieran á lo que se habian puesto, y no quando ya no se podia dexar sin gran vergüenza: que bien vian todos quan á su gusto pudiera él estarse en su casa con su muger y con sus dulcísimos hijos si hubiera querido pasar en disimulacion, como otros reyes, las injurias de toda la cristiandad; y que pues todos sabian quan urgentes eran las causas que allí le habian llevado, no tratase nadie de pensar que habia de alzar la mano de aquel negocio hasta poner en él el fin deseado, o á

lo ménos morir honradamente, como qualquier hombre valeroso lo debe procurar: finalmente vino á decir que se aparejasen para la batalla, que luego la queria dar si se topase con el enemigo, ó si no batir el muro, y darle el asalto dentro de la ciudad. Con esta plática quedáron en resolucion de que se habia de llevar al cabo el intento de la empresa que tenian comenzada, y sin otra dilacion luego se comenzó á poner á punto la partida para la ciudad de Túnez en órden de batalla formada. Púsose en el castillo de la Goleta el recaudo conveniente, aderezóse el artillería en sus carros, y de la manera que con mas facilidad se pudiese llevar. El Marques del Vasto quiso su Magestad del Emperador que aquel dia hiciese el oficio de capitan general, y ansí acetó el cargo que el César le dió, tomando para sí la avanguardia con los italianos á la mano izquierda, y con los españoles á la derecha. En medio iban los tudescos, adonde tambien iba el duque de Alba don Hernando de Toledo. Su Magestad andaba sobresaliente animando á todos, aunque su propio lugar era la batalla adonde iba el estandarte imperial con el infante don Luis, su cuñado. El principal coronel de los italianos era el príncipe de Salerno, de los españoles el señor Alarcon, y de los tudescos Ma

ximiliano Eberstenio. Poníales el Emperador delante á todos el premio de la vitoria, que habian de ser los despojos de aquella riquísima ciudad: traíales á la memoria sus muchas hazañas, y lo que en su servicio habian hecho en las guerras de Italia: prometíales el descanso tras aquellos trabajos, y todo esto con tan alegre rostro, y tan lleno de confianza, que todos á una voz le prometiéron de darle en las manos la vitoria, y aun de seguirle si les queria llevar hasta la Casa santa. Barbaroxa, que supo de sus corredores como nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleáses tenia ya dicho que haria. Salió al campo, y púsose en órden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia. Quando los nuestros llegáron á las cisternas, como el calor era ardentísimo, y la sed tanta que no bastaba el agua que se llevaba en botas, tanto que alguno hubo que dió por un jarro della dos escudos; acudiéron tantos y tan desvalidos al agua, que se desordenáron algunos esquadrones con harto peligro: y si los enemigos acudieran entónces, se pudiera recibir algun notable daño; pero ellos no viniéron, y su Magestad y los otros capitanes acudiéron á echar á palos la gente de sobre el agua, y así se volvió toda

á su órden. Tenia Barbaroxa bien cien mil hombres; y quando los nuestros llegáron á vista de su campo, comenzó á disparar de su artillería, pero sin fruto ninguno. Venia mas atras la nuestra, y por eso no se pudo jugar; y porque el camino era arenoso, y la llevaban en carros ó en hombros de esclavos, no se podia mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos, que cada momento de dilacion se les hacia un año. Á esta causa le pareció al Marques que no debia dilatar mas el rompimiento, ni servirse aquel dia de las culebrinas, sino arremeter luego, porque los suyos no se enfriasen, ó los turcos cobrasen ánimo con pensar que los nuestros se detenian de miedo. Con esta determinacion acudió el Marques á su Magestad, que andaba entre los delanteros, discurriendo de una parte á otra, exhortando y animando á todos, y díxole estas palabras: Si á vuestra Magestad le pareciese yo no esperaria hoy artillería, sino tocaria luego arma. Respondió entónces el César. Tambien me parece á mí eso; mas yo no lo puedo mandar; vos que pódeis, hacedlo, pues es hoy vuestro dia. Respondió el Marques con rostro alegre: Bien me parece, señor, que haya vuestra Magestad querido echarme á cuestas esta carga. Y pues ansí

es, yo quiero usar mi oficio: y ante todas cosas mando á vuestra Magestad que luego se vaya á su puesto, y se ponga en su batalla con el estandarte, no sea nuestra mala suerte que se desmande algun arcabuz, y peligre vuestra persona para total perdicion del mundo. Hinchóse el César de alegría quando oyó tan cortesanas palabras, y volvió luego las riendas al caballo, diciendo: Pláceme por cierto de obedecer lo que mandais, aunque no habia de que temer, que pues nunca emperador murió tal muerte como esa, no es de creer que la moriré yo. No hubo bien su Magestad llegado á su puesto, quando luego sin mas detenimiento se dió señal de arremeter. Fué tanta la priesa y el ánimo con que se hizo el primer acometimiento, que aunque don Hernando de Gonzaga con una banda de caballos ligeros fué el primero que vino á las manos con el enemigo, y mató un capitan, y trescientos ó quatrocientos moros, casi á la par llegáron los esquadrones de la infantería. Fué tal el primer acometimiento, que los alárabes volviéron luego las espaldas: y Barbaroxa con sus siete mil turcos se metió huyendo dentro de la ciudad, y cerró las puertas á gran priesa. El César, como vió tan presto desembarazado el campo, fué á ponerse en los mesmos alojamientos donde Bar-

baroxa tenia sus gentes, con propósito de batir el muro, y ganar la ciudad por fuerza. Luego en entrando en la ciudad Barbaroxa, como iba rabiando y medio loco de corage, dixo que le traxesen todos los cautivos cristianos que estaban en las mazmorras de la fortaleza, que los queria matar. Estorboselo Sinan, judío, pareciéndole baxeza muy grande matar á quien no podia ofender. Supiéron esta determinacion de Barbaroxa dos renegados cristianos Francisco Catario, que se llamaba Yafaraguas, y Francisco de Medillin, español, que se decia Memin. Estos dos, que con ser renegados no tenian olvidado el amor de su ley, avisáron á los cautivos, que pasaban de seis mil, de lo que pasaba, y de como se trataba de maltratarlos; y con las llaves que pudiéron hallar abriéron las mazmorras, y ayudáron á quebrar de las prisiones, y los sacáron á todos fuera desnudos y maltratados. Así como estaban abriéron las puertas de la fortaleza, y con piedras y palos, y con lo que pudiéron hallar a mano matáron algunos turcos: tornáronse luego á meter en la fortaleza, y con la mesma furia acudiéron á la sala de las armas, y en un momento se armáron todos, y se pusiéron en órden, y comenzáron de hacer ahumadas en señal de la vitoria, para que los nuestros su-

piesen que estaba por ellos la fortaleza. El Emperador y todos, aunque vian las ahumadas, no entendian que podria ser, hasta que de algunos que se salian de la ciudad, y se pasaban al campo de Muleáses, se vino á saber la verdad. Barbaroxa, como vió la fortaleza perdida, quiso matar á Sinan, porque no le dexó hacer lo que queria de los cautivos. Acudió á la fortaleza, pensando que por halagos y buenas razones le abririan, y respondiéronle con piedras y lanzas. Con lo qual acabó de perder de todo punto la esperanza de poderse defender; y tomando consigo todos los turcos, dió con ellos, y con todo lo que pudo llevar de sus tesoros en Bona, porque allí tenia catorce galeras de respeto para si se viese en alguna necesidad. No fué bien salido de la ciudad Barbaroxa, quando saliéron della los magistrados con el mesuar á entregar á su Magestad las llaves, suplicándole no permitiese que fuesen saqueados, pues se venian á dar de su buena voluntad lo mas presto que habian podido: pedia lo mesmo con grande instancia Muleáses. Bien quisiera su Magestad poderlo hacer sin que su gente se resabiara; pero no se osó determinar á prometerlo, porque no sin razon se receló de algun notable desabrimiento, y tambien porque los de Túnez no merecian

que se usase con ellos de tanta humanidad, pues no habian acudido á tiempo, sino quando ya no tenian remedio ninguno mas que rendirse. El primero que entró en la ciudad fué el Marques del Vasto: acudió á la fortaleza á regocijarse con los cautivos: halló entre otros despojos hasta treinta mil ducados, que Barbaroxa no pudo llevarlos consigo. Estos se le diéron al Marques por el trabajo de aquel dia como á capitan general. Los cautivos fuéron los que comenzáron el saco de la ciudad, y tras ellos entráron todos los demas soldados, que no hubo órden de detenerlos: pusiéronse algunos moros en resistencia, y matáronlos luego. Despues atendiéron todos á robar, aunque los tudescos no se hartaban de matar en aquellos infieles, hasta que las lágrimas y alaridos de los niños y mugeres moviéron á piedad al César, y mandó que nadie matase a quien no se defendiese con armas. Cautiváronse con todo eso muchas mugeres hermosas y niños, que vimos despues en España muchos dellos. Otros muchos se rescatáron, y aun dicen que rescató el rey Muleáses una de sus mugeres por solos dos ducados, porque el que la vendia no la conoció. Su Magestad fuése derecho al alcázar: agradeció mucho á los cautivos lo que habian hecho por él: mandólos vestir y pro-

veer para que se pudiesen cada uno ir á su tierra. La razon porque en Túnez habia tantos cristianos era porque aquella ciudad habia sido la manida y receptáculo de todos los cosarios; los quales pagaban al rey de Túnez, porque les diese allí puerto seguro, una cierta parte de todas las presas que hacian, así de ropa y dineros, como de personas. Valia tanto esto al rey de Túnez, que apénas tenia renta mayor ni de mas provecho en todo su reyno. Favoreció mucho de palabra y de obra el César á los renegados Memin y Jafer, porque se tornáron luego á su ley. Supo dellos su Magestad muchos secretos de Barbaroxa. Fué este saco de Túnez harto rico, y apénas hubo nadie á quien no le cupiese buena parte de provecho. El que mas perdió en él de todos los ciudadanos fué el mesmo rey Muleáses; porque dexada á parte toda su recámara y alhajas, que fuéron muchas y de gran valor las que se le saqueáron, solas tres cosas le destruyéron, que decia él despues que no las diera por las tres mejores ciudades que tenia: la primera fué una cámara llena de tinturas y colores, como son brasiles, grana, pastel y azules, y otras cosas semejantes en grandisima cantidad: la otra fué una pieza llena de olores, ámbar, zibeto, almizque, mosquetes, y de todas otras

suertes odoríferas, de que Muleáses era muy vicioso, y aun le hubiera despues de costar la vida, porque siempre andaba lleno de olores, y casi no comia cosa sino enlardada con cosas olorosas: la tercera y última cosa que allí perdió, y la que mas él queria, fué una de las mas copiosas y ricas librerías del mundo, adonde tenia exquisitísimos libros en arábigo de todas las ciencias matemáticas, que las sabia él consumadísimàmente, y solia decir muchas veces, que á quien le diese otros tantos y tales libros le daria por ellos una ciudad. Las cosas de armas que állí perdiô Muleáses eran de grandísimo precio, pero de todo aquello hacia él poco caso. Halláronse en su armería muchos arneses y piezas dellos de lo que allí dexáron antiguamente los franceses en el cerco que tuvo el santo rey Luis sobre Túnez, adonde murió. Miéntras los nuestros se ocupaban en el saco tuvo Barbaroxa tiempo para irse á su placer á Bona. A la pasada del rio Bragada dicen que se puso a beber Haydino Cachadiablo, el famoso cosario, y que bebió tanto con la gran sed que llevaba, que rebentó por los hijares. En Bona se detuvo Barbaroxa dos dias enteros, poniendo à punto las galeras que alli tenia para irse en ellas á meter en Argel. Consoló á los suyos, y ellos á él, prometiéndose de emendar

aquella desgracia otro dia en alguna buena ocasion. Fortaleciόse de trincheas, y de todo lo necesario para entre tanto que sacaba las galeras, que las habia mandado hundir para mejor esconderlas. Envió el príncipe Doria en su busca de Barbaroxa á un sobrino suyo Adan Centurion, y dióse tan ruin maña, que se volvió sin acometerle. Importaba infinito ganarle aquellas galeras, porque no pudiera huir por mar; y por tierra era imposible que se escapara. Acudió luego á Bona el príncipe Doria, y fué tarde, que ya él era salido, y se habia metido en Argel. Tomóse la fortaleza de Bona: puso su Magestad en ella por su teniente á don Alvar Gomez; y despues pareció cosa impertinente quererla sustentar, y pusose por tierra. Fuera cumplida de todo punto esta insigne vitoria, si se pudiera haber á las manos el Tirano; pero no quiso Dios sino que viviese para castigarnos de su mano con otras mil injurias que nos dió por todo lo que le duró la vida, que fuéron otros once ó doce años. Luego que la ciudad se aseguró del saco, se comenzó á tratar del negocio de Muleases: usó con él su Magestad de la clemencia y magnanimidad suya ordinaria, restituyéndole libremente en su reyno. Las condiciones que le puso fuéron harto livianas y bien tolerables: que pagase cada

un año en reconocimiento de vasallage y tributo dos caballos y dos halcones. y que sustentase de todo lo necesario y del sueldo conveniente á mil hombres, que quedaban de guarnicion en la Goleta: que fuese obligado á mostrarse nuestro amigo en todas las cosas, y enemigo de Soliman: que diese libertad á todos los cautivos cristianos que se hallasen en su reyno, y que de allí adelante no permitiese que ningun cristiano fuese maltratado ni preso en su tierra: que pudiesen entrar y salir, y morar, comprar y vender, y contratar cristianos en Túnez, tener iglesias, decir misa públicamente, y hacer lo que segun ley eran obligados: que no consintiese renegados en su tierra, ni admitiese cosarios en su puerto; y últimamente que si alguna plaza se conquistase en la costa de Berbería, que fuese para el César. Con lo qual Muleáses quedó contentísimo, y puesto en el trono de su reyno, y su Magestad se partió alegre y contento con propósito de cercar la ciudad de África en la mesma costa; pero no hubo lugar de hacerse por entónces, porque los tiempos corriéron contrarios, y no se pudo pasar con la armada de Sicilia. Desembarcó su Magestad en Palermo, y acudiéronle toda la isla con servicios y congratulaciones de la vitoria. Y habiendo descansado allí algunos

dias, pasó el estrecho á Rijoles, y por tierras del príncipe de Salerno caminó hasta su gran ciudad de Nápoles. Entróse Túnez por el Emperador á 20 de julio de 1535, habiéndose detenido su Magestad en toda esta guerra solos veinte y seis dias.

